

Inmigrantes

Adriana Candia

New Mexico State University

TODO ESTÁ BIEN

Sally es ayudante de cocinera en el Centro de Detenciones para Niños Inmigrantes. Trabaja medio turno. Mientras envuelve los emparedados de mortadela, también hace una oración mental que alarga hasta que termina su tarea: “Esto no es una cárcel. Esto no es una cárcel. Esto no es una cárcel. No es una cárcel, no es una cárcel, no es una cárcel, no es una cárcel, no es una cárcel, no es una cárcel”, así hasta completar el tiempo que le toma hacer los envoltorios. Vuelve a su oración por las noches, ya en cama, para poder dormir.

CASA

Tatiana vivía en el reino de las mariposas. Ahora vive con su padre en una tienda de campaña en el parque El Chamizal. Juega por el parque. Cuando se cansa de correr piensa en su abuela, recuerda la voz de su mamá diciendo: “Tanita, mi niña, te amo de aquí hasta el sol”. No llora. Sabe muy bien que muy cerca de su pueblo mataron a su madre, a sus tíos, a sus padrinos, a dos de sus primos. Espera a que en el *Puente Libre* llamen a su papá. Tienen el número 1,754 en las solicitudes de asilo.

PATRIOTISMO

Marco Antonio hizo el viaje de Guatemala a Chiapas, de Chiapas a Juárez, pegado al cuerpo de su madre, como cualquier otro niño de cinco años. Estaba mirando la bandera de Estados Unidos cuando lo arrancaron de su madre. No hace tanto que uno de los hombres del Centro de Detenciones para Niños Inmigrantes lo mató por dentro y lo dejó vivo. Lo único que ahora lo abraza, día y noche, son las pesadillas.

BUENAS NOCHES

En Oaxaca, Sarita dormía en una hamaca igual que sus dos hermanos y sus padres. De lo único que se cuidaban por las noches, era de los mosquitos. Acá, en el Centro de Detenciones de Niños Inmigrantes duerme en posición fetal sobre el suelo y cubre su

metro con diez centímetros con un plástico. Desconfía de todo y de todos. Uno de sus hermanos murió de causas desconocidas en este lugar. Al otro no lo ha vuelto a ver.

DESORDEN

En el patio del Centro de Detenciones para niños inmigrantes, Martín va a la cola de la fila de una veintena de adolescentes como él. Piensa en las bulliciosas filas que hacía en Veracruz para hacer el saludo a la bandera cada lunes antes de comenzar las clases. Concentra sus pensamientos en ese único, para convencerse de que aquí es muy parecido, “casi lo mismo”. Levanta un poco la mirada y alcanza a distinguir a su hermana en el otro extremo del patio, en la fila de las niñas. Avanzan despacio, cabizbajas, guardando una distancia para no tocar a nadie, arrastrando los pies como si llevaran grilletes de hierro. Entonces entiende que no, que no es lo mismo.

UN TECHO SEGURO

A Valeria, como a su madre, la violó uno de los ayudantes del *coyote* que las recibió en la frontera de Guatemala. No supo ni cómo terminó en el Centro de Detención de Menores más grande de Estados Unidos. Prefiere no hablar, no buscar compañía. En silencio hace las filas que sean necesarias para usar el inodoro, para comer, para entrar al dormitorio. Ha contado las literas en el galerón en que le tocó dormir. Ella ocupa la 135. Piensa que tiene suerte porque es la cama de arriba. Ha visto las ojeras y el desamparo de las niñas que duermen en el exterior, en una tienda de campaña.

NO

No hacía ni tanto que aprendió los mandamientos para hacer su primera comunión. Aunque le resultaban confusos, fue fácil recordar los no: “No matarás/ no robarás/no cometerás actos impuros/no dirás falso testimonio/ no codiciarás los bienes ajenos”. Tres años más tarde, después de unas cuantas semanas en el Centro de Detenciones para niños inmigrantes, Xiadani aprendió que te pueden matar y seguir viva; que un acto impuro es dejar a una niñita muda de espanto y dolor; que la palabra de un niño no tiene cualidad de falsa o cierta, hasta que un adulto la confirme; y que ella es absurdamente pecadora, porque codicia la vida de los pájaros libres.

INMIGRANTES

Marcos y Pedro no habían cumplido nueve años cuando el novio de su madre los llevó a vivir en una *trailer* en el *parqueadero* de blancos. Pasaron tres años esclavizados, encerrados en un cuarto. A veces, Johnny arrastraba a Esther hasta su dormitorio. Los niños escuchaban los jadeos del hombre durante la violación. Ella regresaba al cuarto con moretones en el rostro y en el cuerpo. Los tres escaparon por una ventana un cuatro de julio, entre los cuetes y el júbilo de los borrachos.

LO CORRECTO

George es muy disciplinado. Despierta a las 6 de la mañana y a las 7 y media ya patrulla la cárcel de los niños inmigrantes. Camina erguido y orgulloso de su impecable traje de oficial. Particularmente disfruta el sonido de sus botas cuando hace la primera ronda entre el tiradero de niños por el suelo. Le gusta ver el efecto de su autoridad en el rostro de los que van despertando a su paso. Por la noche, cuando a oscuras se quita las botas, un ligero rubor le colorea las mejillas.

MANDAMIENTOS

Yaneli memorizó muy pronto las reglas del Centro de Detenciones para Niños Inmigrantes: “No puedes abrazar a nadie/ no puedes tocar a nadie/ no puedes ir a ninguna parte sola/ no puedes peinar a tu hermana, aunque sea tu hermana, aunque te necesite/ no puedes darle un beso/ no puedes dormir sin estar vigilada/ no puedes comer sin vigilancia/no te puedes cambiar la ropa sin vigilancia”. Acata fielmente cada una de ellas porque en juego está la promesa de volver a ver a su familia. Mientras tanto, los cinco minutos para usar el inodoro, o para darse un baño, son solamente suyos.

REENCUENTRO

Daneris baja del avión en el aeropuerto de Guatemala. “Mi pequeña, mi amor, por fin te puedo abrazar”, le dice a la niña esa persona que ella no recuerda. “Quiero a la Miss, quiero a la Miss”, grita Daneris y se retuerce en los brazos de la mujer que le repite: “Soy tu mamá, Daneris, soy tu mamá”. De sus cuatro años, ella solo tiene memoria de los últimos tres meses que pasó en el Refugio para niños inmigrantes. Allí, la Miss le dio consuelo, le atendió sus necesidades de infante. No quiere acordarse de la otra despedida, del desprendimiento de su padre que la llevaba en brazos cuando se lo llevaron. Pasan semanas en la que fue su casa, su pueblo, pero Daneris no habla, no ríe, no juega. Permanece donde la colocan. Espera, espera.

“Estrés Postraumático”, concluye el Departamento de Salud de Estados Unidos cuando defiende el caso de los infantes a quienes separan de sus padres inmigrantes.